

horas, no es muy exigente en punto á amenidades. Recordemos que allí las mujeres van por gusto á los *meetings* y se divierten escuchando durante medio día discursos sobre la embriaguez y sobre la escala móvil; esas almas pacientes no exigen que la conversación sea siempre viva y atractiva. Por consecuencia, pueden sufrir una cortesía menos fina y cumplidos menos disfrazados. Cuando Addison las saluda—cosa que hace á menudo—es con aire grave, y su inclinación va acompañada siempre de una advertencia; véase este pasaje sobre las galas demasiado vistosas:

«Contemplé aquel matizado grupito como un cuadro de tulipanes, y me pregunté al pronto si no era una embajada de reinas indias; pero, mirándolas de frente, me desengañé al punto, y vi tanta belleza en cada semblante, que las reconocí por inglesas: ningún otro país hubiese podido producir aquellas mejillas, aquellos labios y aquellos ojos» (1). En esta burla discreta, templada por una admiración casi oficial, se ve la manera inglesa de tratar á las mujeres; el hombre, frente á ellas, es siempre un predicador laico: las mira como criaturas encantadoras ó amas de casa útiles, jamás como reinas de salón ó iguales, según acontece entre nosotros. Cuando Addison quiere atraer á las damas legitimistas al partido protestante, las trata casi como niñas á quienes se promete devolver su muñeca ó su bollo, si quieren ser juiciosas (2). «Deberían reflexionar en los grandes sufrimientos y en las persecuciones á que se exponen con la tenacidad de su conducta. Ya no se las elige en los clubs cuando se nombran las bellas por quienes se brinda; se ven obligadas por sus

(1) *Spectator*, núm. 265.

(2) *Freeholder*, números 4 y 26.

principios á ponerse un lunar en el lado de la frente donde dice peor; se condenan á perder las galas del cumpleaños; de nada las sirve que haya un ejército y tantos jóvenes con sombreros de plumas; tienen que vivir en el campo y dar de comer á sus pollos, cuando podrian presentarse en la corte y lucir un vestido de brocado, si quisiesen conducirse bien... Un hombre se estremece al ver un hermoso pecho henchido de esa rabia política que es tan desagradable aun en un sexo más rudo... Y sin embargo, á veces tenemos la pena de oír las pasiones más viriles expresadas por las voces más dulces.» Pero, afortunadamente, esa pena es rara; «allí donde las flores crecen en profusión, parecen á distancia cubrir el suelo, y hay que acercarse para poder distinguir el pequeño número de malas hierbas que han brotado en aquel hermoso conjunto de colores». Esa galantería es demasiado juiciosa, y extraña un poco ver á manos tan reflexivas tocar tan de cerca á una mujer. Es urbanidad de moralista; por muy bien educado que sea el tal moralista, no es enteramente amable, y si nosotros debemos ir á recibir de él lecciones de pedagogía y de conducta, él podrá venir á buscar cerca de nosotros modelos de trato social y de conversación.

VII

Si lo primero que procura un francés en sociedad es ser amable, lo primero que procuran los ingleses es permanecer dignos; ellos se inclinan por temperamento á la inmovilidad, como nosotros á la expansión, y su broma es tan grave como alegre la nuestra. En

ellos, la risa va por dentro; evitan entregarse; se entretienen silenciosamente. Decididos á comprender ese linaje de espíritu, y acabará por agradaos. Cuando la flemma va unida á la dulzura, como en Addison acontece, es tan agradable como curiosa. Encanta encontrar un hombre jovial, y, sin embargo, dueño de sí mismo. Se asombra uno de ver juntas cualidades tan opuestas. Cada una realza y templala otra. No nos previene la acritud venenosa, como sucede en Swift; ni la burla continua, como ocurre en Voltaire. Se goza con toda complacencia de la rara alianza que junta por primera vez el serio talante y el buen humor. Léase esta pequeña sátira contra el mal gusto del teatro y del público (1): «Nada ha divertido más á la ciudad en estos últimos años que la lucha del signor Nicolini con un león en Haymarket, espectáculo que se ha dado muchas veces, con satisfacción general de la alta y baja nobleza, en el reino de la Gran Bretaña... El primer león era un despabilador, hombre de temple iracundo y terco que extremaba su papel, y no se dejaba matar tan fácilmente como hubiese debido... El segundo león era sastre de oficio, perteneciente al teatro, y que gozaba en su profesión fama de hombre dulce y pacífico. Si el primero era demasiado furioso, éste era demasiado borrego; tanto, que después de un corto y humilde paseo por las tablas, se dejaba caer en cuanto le tocaba Hidaspes, sin luchar con el ni darle ocasión de lucir toda la variedad de sus posturas italianas.

Se dice, es cierto, que un día le hizo un desgarrón en su almilla color de carne, pero era sólo por procurarse trabajo y en su calidad particular de sastre... El

(1) *Spectator*, núm. 13.

león que representa ahora, según me dicen, es un caballero provinciano, que hace eso por diversión, pero desea que su nombre permanezca oculto. Alega muy noblemente en su disculpa que no trabaja por el lucro, que se entrega á un placer inocente, que vale más pasar la noche de esa manera que jugando ó bebiendo... El carácter de ese señor es una mezcla tan excelente de dulzura y de ferocidad que supera á sus dos predecesores, y atrae un público tan numeroso como no recuerda memoria humana... He referido esta lucha del león para mostrar cuáles son ahora las diversiones favoritas de la parte más culta de la Gran Bretaña.»

Hay mucha originalidad en este grave humorismo. En términos generales, la singularidad es cosa que priva en el país; al inglés le agradan los contrastes que impresionan fuertemente. Nuestra literatura les parece pálida; en desquite, ellos suelen parecernos á nosotros poco delicados. Hay número del *Spectator*, muy bonito para las damas de Londres, que hubiese desagradado en París. Por ejemplo: Addison cuenta á manera de ensueño la disección del cerebro de un elefante (1). «La glándula pineal, que varios de nuestros filósofos modernos consideran como el asiento del alma, exhalaba un olor fortísimo de perfumes y de azahar. Estaba encerrada en una especie de sustancia córnea tallada en infinidad de facetas ó espejitos, imperceptibles á la simple visita; de suerte que el alma, si allí existía alguna, había debido pasar todo el tiempo contemplando sus propias bellezas.

Observamos en la coronilla un ancho ventrículo ó cavidad, llena de cintas, encajes y bordados. No encontramos nada notable en el ojo, salvo que los *mus-*

(1) *Spectator*, núm. 375.

culi amatorii, ó, como se podría traducir, los músculos de las ojeadas, se hallaban muy gastados y alterados por el uso, mientras que el elevador, el que dirige el ojo al cielo, no parecía haberse utilizado.» Esos detalles anatómicos, que nos impacientarian á nosotros, entretienen á un espíritu positivo; la crudeza no es para él más que exactitud; acostumbrado á las imágenes precisas, no percibe mal olor en el estilo médico. Addison no participa de nuestras repugnancias. Para ridiculizar un vicio, se hace matemático, economista, dómine, boticario. Le enamoran la especialidad y las minucias. Forma la lista de las personas muertas ó enfermas de amor y de las causas ridículas que las han puesto en tan triste estado. «William Simple, trastornado en la Opera por una mirada dirigida á otro.—Sir Cristóbal Crazy, baronet, herido por el roce de una saya de ballenas.—Mr. Courtly presenta á Flavia un guante que ella había dejado caer adrede; Flavia le recibe, y mata al hombre con una reverencia» (1). Otras estadísticas, con recapitulaciones y cuadros de cifras, cuentan la historia del salto de Leocada. «Arideo, hermoso mancebo de Epiro, enamorado de Proxinoe, fué recogido sano y salvo, sin más consecuencias que haberse roto dos dientes y aplastado un poco la nariz.—Hipparco, prendado locamente de su mujer, que amaba á Batilo, saltó y murió de resultas de la caída; después de lo cual la mujer se casó con su amante» (2). Veis qué extraño modo de pintar las flaquezas humanas: se llama *humor*. Encierra un buen sentido incisivo, el hábito de contenerse, proceder de hombre de negocios, y, sobre todo, un fondo de invención enérgi-

(1) *Spectator*, núm. 377.

(2) *Spectator*, núm. 233.

ca. La raza es menos fina, pero más fuerte, y los recreos que satisfacen su inteligencia y su gusto se asemejan á los licores que convienen á su paladar y á su estómago.

VIII

Aun en Addison, esa potente savia germánica rompe su envoltura clásica y latina. Por más que él guste del arte, ama aún la naturaleza. Su educación, que le ha atestado de preceptos, no ha destruido en su alma la virginidad del sentimiento verdadero. En su viaje de Francia prefiere el espectáculo agreste de Fontainebleau á la corrección de Versalles. Se emancipa de los refinamientos de la época para ensalzar la sencillez de las antiguas baladas nacionales. Hace comprender al público las imágenes sublimes, las gigantescas pasiones, la profunda religión del *Paraiso perdido*. El curioso verle, compás en mano, refrenado por Bossu, enredado en infinitos razonamientos y en frases académicas, alcanzar de repente, por la fuerza del sentimiento natural, las altas regiones inexploradas á que Milton se elevó por la inspiración de la fe y del genio. No será él quien diga con Voltaire que la alegoría del Pecado y de la Muerte es buena para hacer vomitar las entrañas. Hay en él un fondo de imaginación grandiosa que le hace insensible á las pequeñas delicadezas de la civilización mundana. Se complace en vivir entre las grandezas y los asombros del otro mundo. Se halla penetrado de la presencia de lo invisible; necesita traspasar los intereses y las esperanzas de la vida mezquina en que nos arrastramos (1). Ese manantial

(1) Véanse los treinta últimos números del *Spectator*.

de creencia brota en él por todas partes; en vano se encierra en el conducto regular del dogma oficial; los textos, los argumentos con que su cubre dejan ver su venerable origen; arranca de la imaginación seria y fecunda que no puede contentarse sino con la vista del más allá.

Tal facultad ocupa todo el hombre, y si volvemos á descender al examen de los atractivos literarios, la veremos aquí abajo como allá arriba. Nada más variado, más rico, en Addison, que la exhibición escénica. La más seca moral se transforma en sus manos en pinturas y narraciones. Ya son cartas de toda clase de personajes, de eclesiásticos, de gente del pueblo, de hombres de mundo, que, con su estilo propio, disfrazan el consejo bajo la apariencia de una novelita. Ya es un embajador de Bantam que se burla, al modo de Montesquieu, de las mentiras de la cortesía europea. Ya son cuentos griegos ú orientales, viajes imaginarios, la visión de un iluminado escocés, las Memorias de un rebelde, la historia de las hormigas, las metamorfosis de un mono, el diario de un desocupado, un paseo á Westminster, la genealogía del *humor*, los estatutos de los clubs ridículos; en suma, una riqueza inagotable de ficciones. Las más numerosas son alegorías. Se ve que él se complace en ese mundo magnífico y fantástico; es una especie de ópera que se ofrece á sí propio; sus ojos tienen necesidad de contemplar colores. He aquí una sobre las religiones, muy protestante, pero tan brillante como ingeniosa: el atractivo en Inglaterra no consiste, como entre nosotros, en la viveza y variedad de los tonos, sino en el esplendor y la exactitud de la visión. «La figura de en medio, que atrajo desde luego las miradas de todo el mundo, y que era mucho mayor que las otras, era una matrona vestida como una

dama noble y de edad, del tiempo de la reina Isabel... El vestido era de riquísimo terciopelo negro, y en el sitio correspondiente al corazón brillaban grandes diamantes de inestimable precio, dispuestos en forma de cruz. Su continente respiraba dignidad y serenidad risueña, y, aunque de edad avanzada, tenía tanta animación y viveza en el semblante, que parecía á la vez anciana é inmortal. A su vista, me sentí embargado por tanto amor y veneración, que corrían las lágrimas por mis mejillas, y, cuanto más la miraba, más se me derretía el corazón en sentimientos de afecto y de obediencia filial.

A su derecha estaba sentada una mujer tan recargada de adornos, que su persona, su cara y sus manos desaparecían casi completamente. Lo poco que se veía de su rostro estaba pintado, y, cosa rara, se descubrían en él como arrugas artificiales... Llevaba altísimo tocado de tres pisos, y ropa de mil colores llena de cruces bordadas de oro, plata y seda. No tenía nada sobre sí, ni un guante, ni una chinela, que no estuviese marcado con ese signo; más aún: parecía prendada de él tan supersticiosamente, que estaba sentada con las piernas cruzadas... Un poco más lejos se veía la figura de un hombre que miraba horrorizado una pila de plata llena de agua. Como observara en su aspecto algo que se parecía á la locura, me figuré al pronto que estaba allí para representar esa especie de demencia que los médicos llaman hidrofobia; pero, recordando el fin del espectáculo, caí al momento en la cuenta de que era el Anabaptismo (1). Al lector toca adivinar lo que representaban las dos primeras figuras. Agradarán más á un anglicano que á un católico;

(1) *Tatler*, núm. 257.

pero creo que aun un católico no podrá menos de reconocer la riqueza y la viveza de la ficción.

La imaginación verdadera conduce, naturalmente, á la invención de los caracteres. Porque, si os figuráis vivamente una situación ó una acción, abarcaréis asimismo toda la red de sus conexiones; las pasiones y las facultades, toda la mímica y todos los sonidos de la voz, todas las particularidades correspondientes de vestido, de habitación, de sociedad, se enlazarán en vuestro espíritu, atraerán sus precedentes y sus consecuencias; y esa multitud de ideas, lentamente organizada, se concentrará al fin en una idea única de donde brotará, como de un manantial profundo, la pintura y la historia de un personaje completo. Hay varios en Addison—el observador taciturno Willam Honeycom, el tory campesino, sir Roger de Coverley—que no son tesis satíricas, como las de La Bruyère, sine verdaderos individuos, semejantes y á veces iguales á los personajes de las grandes novelas contemporáneas.

Efectivamente, sin darse cuenta de ello, Addison inventa la novela al mismo tiempo y del mismo modo que sus colegas más ilustres. Sus personajes están tomados del natural, de las costumbres y condiciones del tiempo, y aparecen descritos extensa y minuciosamente, con la precisión de la observación positiva, con una realidad extraordinaria y muy inglesa. Obra magistral, á la vez que documento de historia, es *Sir Rogerio de Coverley*, el señor de aldea, leal servidor de la Constitución y de la Iglesia, juez de paz, patrón del eclesiástico, y cuyo dominio muestra en compendio la estructura del país inglés. Ese dominio es un pequeño Estado, gobernado paternalmente, pero gobernado. Sir Rogerio rife á sus terratenientes, los pasa revista

en la iglesia, está al tanto de sus asuntos, les da consejos, socorros, órdenes; es respetado, obedecido y querido, porque vive con ellos, porque la sencillez de sus gustos y de su educación le pone casi á su nivel, porque, en concepto de magistrado, de antiguo propietario, de hombre rico, de bienhechor y de vecino, ejerce una autoridad moral y legal, útil y consagrada. Addison nos muestra en él al mismo tiempo ese sólido y singular carácter inglés, hecho de corazón de roble con todas las rugosidades de la corteza primitiva, que no sabe suavizarse ni allanarse: un gran fondo de bondad que se extiende hasta las bestias, el amor al campo y á las ocupaciones corporales, la afición al mando y á la disciplina, el sentimiento de la subordinación y del respeto, mucha sensatez y poca finura, el hábito de exhibir en público sus particularidades y sus rarezas, sin temor al ridículo, sin propósito de jactancia, sino sólo por no reconocer más árbitro sobre sí que él mismo. Luego, cién circunstancias que pintan el tiempo: la falta de lectura, un resto de creencia en las brujas, formas y modales de rústico y de cazador, ignorancias de espíritu cándido ó atrasado.

Sir Rogerio da á los niños que responden bien al Catecismo una Biblia para ellos y una lonja de tocino para su madre. Cuando le gusta un versículo, sigue cantándole durante medio minuto después de haberle concluido la congregación. Cuando va al teatro, provee á su servidumbre de estacas, para guardarse de los bandidos que, en su sentir, deben infestar á Londres. Addison vuelve infinidad de veces sobre su caballero, descubriendo siempre algún nuevo aspecto de su carácter, como observador desinteresado de la naturaleza humana, observador asiduo y perspicaz, verdaderamente creador, que no tiene ya que dar más que un